

almas que teneis por vuestras, basta por premio de muchos años de servicio. ¡ O váleme Dios! ¡ Qué mal se puede dar esto á entender, sino á los que ya han entendido cuán suave es el Señor! ¡ O cristianos, cristianos! Mirad la hermandad que teneis con este gran Dios, concedle, y no le menospreceis; que así como este mirar es agradable para sus amadores, es terrible, con espantable furia, para sus perseguidores. ¡ O qué no entendemos que es el pecado una guerra campal contra Dios de todos nuestros sentidos y potencias del alma! el que mas puede, mas traiciones intenta contra su Rey. Ya sabeis, Señor mio, que muchas veces me hacia á mi mas temor acordarme si habia de ver vuestro divino rostro airado contra mí en este espantoso dia del juicio final, que todas las penas y furias del infierno que se representaban, y os suplicaba me valiese vuestra misericordia de cosa tan lastimosa para mí, y así os lo suplico ahora, Señor. ¡ Qué me puede venir en la tierra, que llegue á esto! Todo junto lo quiero, mi Dios, y librame de tan gran aflicion. No deje yo á mi Dios, no deje de gozar de tanta hermosura en paz; vuestro Padre nos dió á Vos, no

pierda yo, Señor mio, joya tan preciosa. Confieso, Padre eterno, que la he guardado mal: mas aun remedio hay, Señor, remedio hay, mientras vivimos en este destierro. ¡ O hermanos, ó hermanos, é hijos deste Dios! Esforcémonos, esforcémonos, pues sabeis que dice su Majestad, que en pesándonos de haberle ofendido, no se acordará de nuestras culpas y maldades. ¡ O piedad tan sin medida! ¿ Qué mas queremos? ¿ Por ventura hay quien no tuviera vergüenza de pedir tanto? Ahora es tiempo de tomar lo que nos da este Señor piadoso, y Dios nuestro: pues quiere amistades, ¿ quién las negará á quien no negó derramar toda su sangre, y perder la vida por nosotros? Mirad que no es nada lo que pide, que por nuestro provecho nos está bien el hacerlo. ¡ O váleme Dios, Señor! ¡ O qué dureza! ¡ O qué desatino y ceguedad! Que si se pierde una cosa, una aguja, ó un gavilan, que aprovecha de mas de dar un gustillo á la vista de verle volar por el aire, nos da pena, y que no la tengamos de perder esta Aguila caudalosa de la Majestad de Dios, y un reino que no ha de tener fin el gozarle! ¿ Qué es esto? ¿ Qué es esto? Yo no lo entiendo:

remediad, Dios mio, tan gran desatino y ceguedad.

XV.

15. ¡Ay de mí! ay de mí, Señor: Que es muy largo este destierro, y pásase con grandes penalidades del deseo de mi Dios. Señor, ¿qué hará un alma metida en esta cárcel? ¡O Jesús! ¿Qué larga es la vida del hombre, aunque se dice que es breve! Breve es, mi Dios, para ganar con él la vida que no se puede acabar, mas muy larga para el alma que se desea ver en la presencia de su Dios. ¿Qué remedio dais á este padecer! No le hay sino cuando se padece por Vos! ¡O mi suave descanso de los amadores de mi Dios! No falteis á quien os ama, pues por Vos ha de crecer y mitigarse el tormento que causa el amado al alma que le desea. Deseo yo, Señor, contentaros, mas mi contento bien sé que no está en ninguno de los mortales: siendo esto así, no culparéis á mi deseo. Veisme aquí, Señor, si es necesario vivir para haceros algun servicio, no rehusó todos cuantos trabajos en la tierra me puedan venir, como decia vuestro amador san Martin. ¡Mas, ay dolor!

¡Ay dolor de mí, Señor mio! Que él tenia obras, y yo tengo solas palabras, que no valgo para mas. Valgan mis deseos, Dios mio, delante de vuestro divino acatamiento, y no mireis á mi poco merecer. Merezcamos todos amaros, Señor, ya que se ha de vivir, vivase para Vos, acábense ya los deseos é intereses nuestros: ¿qué mayor cosa puede ganar que contentaros á Vos? ¡Ó contento mio, y Dios mio! ¿Qué haré yo para contentaros? Miserales son mis servicios, aunque hiciese muchos á mi Dios: pues ¿para qué tengo de estar en esta miserable miseria? Para que se haga la voluntad del Señor. ¿Qué mayor ganancia, ánima mia? Espera, espera, que no sabes cuándo verná el dia, ni la hora. Vela con cuidado, que todo se pasa con brevedad, aunque tu deseo hace lo cierto dudoso, y el tiempo breve, largo. Mira que mientras mas peleares, mas mostrarás el amor que tienes á tu Dios, y mas te gozarás con tu amado con gozo y deleite que no puede tener fin.

XVI.

16. ¡Ó verdadero Dios y Señor mio! Gran consuelo es para el alma que le fatiga la so-

ledad de estar ausente de Vos, ver que estais en todos cabos: mas quando la reciedumbre del amor y los grandes impetus de esta pena crece, ¿qué aprovecha, Dios mio, que se turbe el entendimiento y se esconda la razon para conocer esta verdad, de manera que no se puede entender ni conocer? Solo se conoce estar apartada de Vos, y ningun remedio admite; porque el corazon que mucho ama, no admite consejo, ni consuelo, sino del mesmo que le llagó, porque de ahí espera que ha de ser remediada su pena. Quando Vos quereis, Señor, presto sanais la herida que habeis dado; antes no hay que esperar salud ni gozo, sino el que se saca de padecer tan bien empleado. ¡Ó verdadero amador! ¡con cuánta piedad, con cuánta suavidad, con cuánto deleite, con cuánto regalo, y con cuán grandisimas muestras de amor curais estas llagas, que con las saetas del mesmo amor habeis hecho! ¡Ó Dios mio y descanso de todas las penas, qué desatinada estoy! ¿Cómo podia haber medios humanos que curasen los que ha enfermado el fuego divino? ¿Quién ha de saber hasta dónde llega esta herida, ni de qué procedió, ni cómo se puede aplacar tan pe-

nosó y deleitoso tormento? Sin razon seria tan precioso mal poder aplacarse por cosa tan baja como es los medios que pueden tomar los mortales. Con cuánta razon dice la Esposa de los Cantares: Mi amado á mi, y yo á mi amado, y mi amado á mi: porque semejante amor no es posible comenzarse de cosa tan baja como el mio. Pues si es bajo, Esposo mio, ¿cómo no para en cosa criada hasta llegar á su Criador? ¡Ó mi Dios! ¿Por qué yo á mi amado? Vos, mi verdadero amador, comenzais esta guerra de amor, que no parece otra cosa un desasosiego y desamparo de todas las potencias y sentidos que salen por las plazas y por barrios, conjurando á las hijas de Jerusalem, que le digan de su Dios. Pues Señor, comenzada esta batalla, á quien han de ir á combatir, sino á quien se ha hecho señor desta fortaleza á donde moraban, que es lo mas superior del alma, y echádo las fuera á ellas, para que tornen á conquistar á su conquistador, y ya cansadas de haberse visto sin él, presto se dan por vencidas, y se emplean perdiendo todas sus fuerzas y pelean mejor; y en dándose por vencidas, vencen á su vencedor. ¡Ó anima mia! ¡Qué batalla tan admi-

rable has tenido en esta pena, y cuán al pié de la letra pasa así! Pues mi amado á mí, y yo á mi amado. ¡Quién será el que se meta á despartir y á matar dos fuegos tan encendidos! Será trabajar en balde, porque ya se ha tornado en uno.

XVII.

17. ¡Ó Dios mio, y mi sabiduría infinita, sin medida y sin tasa, y sobre todos los entendimientos angélicos y humanos! ¡Ó amor, que me amas mas de lo que yo me puedo amar, ni entiendo! ¿Para qué quiero, Señor, desear mas de lo que Vos quisiéredes darme? ¿Para qué me quiero cansar en pedir cosa ordenada por mi deseo, pues todo lo que mi entendimiento puede concertar y mi deseo desear, teneis Vos ya entendidos sus fines, y yo no entiendo cómo me aprovechar? En esto que mi alma piensa salir con ganancia, por ventura estará mi pérdida. Porque si os pido que me libreis de un trabajo, y en aquel está el fin de mi mortificación, ¿qué es lo que pido, Dios mio? Si os suplico me le deis, no conviene por ventura á mi paciencia, que aun está flaca, y no puede sufrir tan gran golpe:

y si con ella le paso y no estoy fuerte en la humildad, podrá ser que piense he hecho algo, y haceislo Vos todo, mi Dios. Si quiero padecer mas, no querria en cosas en que parece no conviene para vuestro servicio perder el crédito, ya que por mí no entienda en mi sentimiento de honra, y podrá ser, que por la misma causa que pienso se ha de perder, se gane mas para lo que pretendo, que es serviros. Muchas cosas mas pudiera decir en esto, Señor, para darme á entender, que no me entiendo: mas como sé que las entendeis, ¿para qué hablo? Para que cuando veo despierta mi miseria, Dios mio, y ciega mi razón, pueda ver si la hallo aquí en esto escrito de mi mano: que muchas veces me veo, mi Dios, tan miserable, y flaca, y pusilánime, que ando á buscar qué se hizo vuestra sierva, la que ya le parecia tenia recibidas mercedes de Vos, para pelear contra las tempestades deste mundo. Que no, mi Dios, no, no mas confianza en cosa que yo pueda querer para mí; quered Vos de mí lo que quisiéredes, que eso quiero, pues está todo mi bien en contentaros: y si Vos, Dios mio, quisiéredes querer, contentarme á mí, cumpliendo todo lo

qué pidé mi deseo, veo que iria perdida. Qué miserable es la sabiduría de los mortales, é incierta su providencia. Proveed Vos por la vuestra los medios necesarios, para que mi alma os sirva mas á vuestro gusto que al suyo: No me castigueis en darme lo que yo quiero ó deseo, si vuestro amor (que en mi vivia siempre) no lo desearé. Muera ya este yo, y viva en mi otro que es mas que yo, y para mi mejor que yo, para que yo le pueda servir: él viva y me dé vida, él reine y sea yo cautiva, que no quiero mi alma otra libertad. ¿ Como será libre el que del Sumo estuviere ajeno? ¿ Qué mayor ni mas miserable cautiverio, que estar el alma suelta de la mano de su Criador? Dichosos los que con fuertes grillos y cadenas de los beneficios de la misericordia de Dios se vieren presos; é inhabilitados para ser poderosos para soltarse. Fuerte es como la muerte el amor, y duro como el infierno. ¡ Ó quien se viese ya muerto de sus manos y arrojado en este divino infierno, de donde, de donde ya no se esperase poder salir, ó por mejor decir, no se temiese verse fuera! Mas ay de mí, Señor, que mientras dura está vida mortal, siempre corre peligro la eterna:

O vida enemiga de mi bien, y quien tuviese licencia de acabarte: sufrote porque sufro Dios, y manténgote porque eres suya; no me seas traidora ni desagradecida. Con todo esto, ay de mí, Señor, que mi destierro es largo: breve es todo tiempo, para darle por vuestra eternidad; y muy largo es un solo dia, y una hora para quien no sabe, y teme si os ha de ofender. ¡ Ó libre albedrio tan esclavo de tu libertad, si no vives enclavado con el temor y amor de quien te crió! ¡ Ó cuando será aquel dichoso dia, que te has de ver ahogado en aquel mar infinito de la suma verdad, donde ya no serás libre para pecar, ni lo querrás ser, porque estarás seguro de toda miseria, naturalizado con la vida de tu Dios! El es bienaventurado, porque se conoce, y ama, y goza de si mismo, sin ser posible otra cosa no tiene, ni puede tener, ni fuera perfeccion de Dios poder tener libertad para olvidarse de si, y dejarse de amar. Entonces, alma mia, entrarás en tu descanso, cuando te entrañares con este sumo bien, y entendieres lo que entiende, y amares lo que ama, y gozares lo que goza. Ya que vieres perdida tu mudable voluntad, ya, ya no mas mudanza, porque

la gracia de Dios ha podido tanto, que te ha hecho partícipera de su divina naturaleza, con tanta perfeccion, que ya no puedas, ni desees poder olvidarte del sumo Bien, ni dejar de gozarle junto con su amor. Bienaventurados los que están escritos en el libro desta vida. Mas tú, alma mia, si lo eres, ¿por qué estás triste y me conturbas? Espera en Dios, que aun ahora me confesaré á él mis pecados, y sus misericordias, y de todo junto haré cantar de alabanza con suspiros perpetuos al Salvador mio y Dios mio: podrá ser venga algun dia cuando le cante mi gloria, y no sea compungida mi conciencia, donde ya cesarán todos los suspiros y miedos: mas entre tanto en esperanza y silencio será mi fortaleza. Mas quiero vivir, y morir en pretender y esperar la vida eterna, que poseer todas las criaturas y todos sus bienes que se han de acabar. No me desampares, Señor, porque en tí espero no sea confundida mi esperanza, sírvale yo siempre, y haz de mí lo que quisieres.

## LIBRO

# DE LAS FUNDACIONES

DE LAS

HERMANAS DESCALZAS CARMELITAS.

---